



REORIENTANDO LA PERSPECTIVA (LA ORACIÓN, II)

Juan F. Muela

I. INTRODUCCIÓN

Parafraseando a Carlos Cano, podríamos afirmar lo siguiente:

- Se llama oración y en ella cabe la vida.
- La oración es un tema verdaderamente esencial y transversal. De eso, nada más y nada menos estamos hablando. Qué importante y qué imprescindible es la oración para forjar la cosmovisión del cristiano:
- Oramos porque queremos agradecer las maravillas de la vida y también porque nos sentimos pequeños, impotentes y a menudo con miedos e inquietudes que nos superan.
- Oramos porque necesitamos perdón, fuerza, valor, fe.
- Oramos porque necesitamos la seguridad de que no estamos solos, de que somos conocidos y valorados por Quien es el fundamento último del universo y de todo cuanto existe. Porque no nos resignamos. Porque el hambre de inmortalidad, de bien y de belleza que anida en nosotros nos eleva por encima de la animalidad de la que surgimos.

En definitiva, como decía William James:

“Oramos, sencillamente porque no podemos dejar de orar. Oramos porque, aunque nuestro mero egoísmo o nuestras necesidades, reales o imaginarias, pueden empujarnos a la oración, allí nos hallamos cara a cara con nuestra mayor necesidad: un encuentro y una relación con el propio ser de Dios.”

Sí, realmente necesitamos volver sobre esto una y otra vez, porque si bien es cierto que la oración no es ni mucho menos el todo del creyente y de la iglesia, no es menos cierto que cuando la centralidad de la oración se diluye todo se viene abajo: la fe, el compromiso, la conciencia, la solidaridad, el amor fraternal, el sentido mismo de la existencia de la iglesia.

En esta ocasión, para empezar a reorientarnos en este camino, veremos qué necesitamos asumir para recuperar la perspectiva necesaria. Recordaremos quién

es quién en esta Historia en esta relación, porque Dios y yo no estamos en el mismo plano; y tomaremos conciencia de la esperanza que la fe en un Dios como el nuestro nos brinda.

II. DESARROLLO

Salmo 8

1 ¡Yahvé, Señor nuestro,
cuán grande es tu nombre en toda la tierra!
¡Has puesto tu gloria sobre los cielos!

2 De la boca de los niños y de los que aún maman,
fundaste la fortaleza a causa de tus enemigos,
para hacer callar al enemigo y al vengativo.

3 Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que tú formaste,

4 digo: «¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria,
y el hijo del hombre para que lo visites?».

5 Lo has hecho poco menor que los ángeles
y lo coronaste de gloria y de honra.

6 Lo hiciste señorear sobre las obras de tus manos;
todo lo pusiste debajo de sus pies;

7 ovejas y bueyes, todo ello,
y asimismo las bestias del campo,

8 las aves del cielo y los peces del mar;
¡todo cuanto pasa por los senderos del mar!

9 ¡Yahvé, Señor nuestro,
cuán grande es tu nombre en toda la tierra!

Tres lecciones previas a la oración que nos hablan sobre ella:

I. Primera lección de humildad. Un cambio de perspectiva: Aprender a mirar desde abajo

Suele decirse que la mayoría de los seres humanos, incluidos los creyentes, pensamos que somos el centro del universo. Pero, para apreciar la verdadera escala en la que nos movemos, consideremos que si la Vía Láctea –nuestra galaxia de tamaño medio/pequeño– fuese del tamaño de Australia, nuestro sistema solar cabría en una taza de café.

Todavía hoy, las dos naves Voyager siguen adentrándose en el espacio profundo una vez dejado atrás el borde del sistema solar a una velocidad de más de 150.000 km por hora. Durante unos 30 años a esta velocidad vertiginosa han logrado alejarse de la tierra unos 10.000 millones de km, es decir, 13 horas luz.

Nuestra galaxia se compone de cientos de miles de millones de estrellas; en el universo conocido, hasta donde hemos llegado a saber, hay unos cien mil millones de galaxias, muchas de ellas mayores que la nuestra. Enviar algo a la velocidad de la luz al borde de ese universo costaría 15.000 millones de años.

Por si estos datos no fueran suficientes, ahora la física cuántica nos sugiere que podrían existir miles de millones de universos paralelos coexistiendo en un único plano inimaginable. Las cifras marean...

El salmista, que no tenía ni idea de tales dimensiones, ya decía sobrecogido:

³ *Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,*

la luna y las estrellas que tú formaste,

⁴ *digo: «¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria,*

y el hijo del hombre para que lo visites?».

La oración debe comenzar por levantar mi vista más allá de las circunstancias insulsas o dramáticas de la vida diaria

Excelente pregunta que nos coloca en la órbita de la perspectiva correcta. Un buen recordatorio para algo que, a fuerza de estar ahí, olvidamos con facilidad. Los humanos somos una mota de polvo en la superficie de un peñasco rocoso sin pretensiones. En el corazón de toda

realidad, de toda inmensidad, de todo misterio, está Dios, fuente inimaginable tanto de poder como de amor

La oración debe comenzar por levantar mi vista más allá de las circunstancias insulsas o dramáticas de la vida diaria para darme el lujo de tener una perspectiva alternativa que se eleva por encima de todo. Me doy cuenta de mi tamaño diminuto y de la vastedad inconmensurable de Dios, así como de la verdadera

relación entre lo uno y lo otro. En presencia de Dios me siento pequeño, porque soy pequeño. Y Dios, como bien dice Pedro en una de sus cartas,

“...resiste a los soberbios y da gracia a los humildes.” (1 Pedro 5:5)

La humildad no quiere decir que me arrastre ante Dios sintiéndome un gusano infecto. Significa, más bien, que en la presencia de Dios capto un indicio de mi verdadera situación en el Universo; éste deja expuesta mi pequeñez y al mismo tiempo me revela la grandeza de Dios, me abre a la maravilla de que esa grandeza tiene conciencia de mi existencia, se inclina ante mí y me escucha, porque más allá de toda comprensión o explicación racional, me ama.

Cuánto necesitamos esa visión correctiva, porque continuamente perdemos de vista la perspectiva de Dios. Como dice P. Yancey:

“¿Porqué orar? He hecho esta pregunta casi cada día de mi vida cristiana, en especial cuando la presencia de Dios me parece muy distante, y me pregunto si la oración no es sino una forma santurrón de hablarme a mí mismo [...] Y al final he llegado a la conclusión de que por muchas razones la oración ha llegado a ser para mí, lejos de unas saluciones de protocolo seguidas de una lista de peticiones para presentarle a Dios, un auténtico REALINEAMIENTO DE TODO. Oro para restaurar las verdades del universo, para captar vislumbres del mundo y de mí mismo por medio de los ojos de Dios. En oración cambio mi punto de vista alejándolo de mi propio egocentrismo. Contemplo las estrellas y recuerdo el papel que cualquiera de nosotros desempeña en el Universo más allá de toda comprensión. Atisbo a ver la realidad desde el punto de vista de Dios.”

2. Segunda lección de humildad: Empezar a comprender quién es quién

Como un relámpago, la oración empieza por dejar al descubierto por una milésima de segundo lo que quizá preferiría ignorar: mi propio y verdadero estado de indefensión, fragilidad y dependencia.

La oración ayuda a corregir la miopía trayendo a la mente una perspectiva que a diario olvidamos. Yo sigo invirtiendo los papeles pensando las maneras en que Dios podría serme útil, en lugar de lo contrario.

El gran maestro de espiritualidad católico Henry Nouwen decía:

“Orar es andar a plena luz de Dios y decir sencillamente, sin trabas: Soy humano y tú eres Dios. En ese momento se restaura la verdadera relación porque comprendemos que el ser humano no es alguien que de vez en cuando comete un error y Dios no es alguien que perdona y echa una

mano de vez en cuando. No, los seres humanos somos pecadores y Dios es Amor.”

Dios tuvo que recordarle a Job en el capítulo 38 que, como Señor del Universo – ¿podríamos decir “de los universos”?– tiene muchas cosas que administrar. Que en medio de la lástima por sí mismo, de la propia autocompasión, haría mejor en contemplar más a menudo el propio punto de vista de Dios:

⁴ ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? ¡Házmelo saber, si tienes inteligencia! ⁵ ¿Quién dispuso sus medidas, si es que lo sabes? ¿O quién tendió sobre ella la cuerda de medir? ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Dímelo si de veras eres tan inteligente. ¿Quién estableció sus dimensiones y quien las midió?” (Job 38:4-5)

Cuando, a través de toda una serie de cáusticas preguntas, Dios iluminó al infeliz Job, él se derrumbó apabullado y confesó el cortocircuito que había sufrido su mente, su corazón y su espíritu:

⁴ Yo soy vil, ¿qué te responderé? ¡Me tapo la boca con la mano! ⁵ Una vez hablé, mas no replicaré más; aun dos veces, mas no volveré a hablar”. (Job 40:4-5)

Es decir: sólo puedo callar. No tenía ni idea de lo que estaba preguntando. Nosotros hoy necesitamos seguir aprendiendo la lección de Job: Dios no necesita que se le recuerde la naturaleza de la realidad, pero nosotros sí. Avanzamos hacia Dios, a menudo, cargados de prejuicios y suposiciones equivocadas y, lo que es peor, a ciegas y a contracorriente.

La oración me permite admitir mis fracasos, mis debilidades y limitaciones ante Aquel que responde a la vulnerabilidad humana con infinita misericordia

Se me ocurre, pensando en la oración, que la mayoría de las veces avanzo en la dirección equivocada. Empiezo río abajo con mis propias preocupaciones y se las llevo a Dios. Le informo a Dios como si Dios no supiera. Le suplico a Dios como si esperara cambiar su parecer y vencer su poca disponibilidad. Y, sin embargo, la lógica me dice que más bien debería empezar arroyo arriba en donde la corriente comienza.

Cuando cambio de dirección me doy cuenta de que Dios ya se preocupa de mis preocupaciones más de lo que yo me preocupo. Su gracia, como el agua, desciende a la parte más baja. Los arroyos de misericordia fluyen. Empiezo con Dios

mismo que lleva la responsabilidad primaria de todo cuanto sucede, y le pregunto qué parte puedo desempeñar yo en la obra divina en la tierra.

La oración me permite admitir mis fracasos, mis debilidades y limitaciones ante Aquel que responde a la vulnerabilidad humana con infinita misericordia.

3. Tercera lección. Una invitación a la serenidad y la esperanza: Tomar posición

Porque tras todo lo dicho, al contrario de lo que pudiera parecer, todo se transforma en un canto a la esperanza: Ése es el Dios que nos ama.

Porque, una vez que miramos desde abajo como nos muestra el salmista. la actitud no es arrastrarnos con complejo infinito de humanoide insignificante mirando al suelo, sino precisamente mantener la mirada hacia arriba para concluir como él:

⁹ ¡Yahvé, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra!

La expresión que abre y cierra el salmo es un canto a la esperanza, una invitación al éxtasis, a permitirnos el lujo de saborear y dejarnos llenar por esa sensación de plenitud irreplicable que tenemos cuando sabemos que, al menos intuitivamente, hemos captado en nuestras pequeñas almas la esencia de todo cuanto existe.

A la mayoría de nosotros, la mayor parte del tiempo, nuestra oración –a menudo urgente, angustiada y acelerada– no nos da una confirmación cierta de que hemos sido oídos. Oramos con la fe de que nuestras palabras, de alguna manera, cruzarán el puente del mundo visible al invisible penetrando una realidad de la cual no tenemos prueba ni idea de sus verdaderas dimensiones. Entramos al entorno de Dios, al ámbito del espíritu, al ámbito del Misterio con mayúsculas, ante el cual sólo podemos quedar quietos y guardar silencio, algo que tanto se nos recordará en la Biblia:

Estad quietos y conoced que yo soy Dios... (Sal 46:10)

Guarda silencio ante Yahvé y espera en él. (Sal 37:7)

Frases como éstas aparecen varias veces en los Salmos. Y es que oración equivale fundamentalmente –como hemos querido hacer ver hasta aquí– a adoptar una posición; es un colocarnos a nosotros mismos –un recolocarnos más bien–, un hábito de atención y expectación que se impone a todo lo que hay y lo que nos rodea.

El misterio, la conciencia de otro mundo, el valorar el ser antes que el hacer o el tener, incluso el disfrutar de unos pocos momentos de quietud o de silencio ante Dios y ante mí mismo no surgen de modo natural en nosotros viviendo como vivimos en este mundo frenético y ruidoso. Tenemos que buscar tiempo y permitir que Dios nutra nuestra vida interior, a menudo tan árida y pobre. Es Dios mismo quien a través de la oración nos invita a tomar un receso, un descanso –“Estad quietos”, en latín vacate, de la misma raíz que vacaciones–.

III. Conclusión

Podríamos concluir que, tras este punto de arranque para la oración que nos ofrece el salmo 8, nuestras percepciones cambian. Miro la naturaleza y no veo solo montañas, plantas o bichos, sino la firma de un creador inigualable. Miro a los seres humanos y no veo a un pobre bípedo estúpido y con pretensiones, sino a una persona con un destino eterno hecha a imagen de Dios, un Dios que le ama y que sabe su nombre, que nunca está lejano o indiferente.

La acción de gracias y la alabanza surgen entonces de modo natural, y no como una obligación religiosa. La confianza, la serenidad, la esperanza, germinan aún en medio de cualquier circunstancia

La oración contiene la paradoja de ser a la vez causa y efecto en la restauración de nuestra visión de Dios. Sólo la oración como práctica continua restaura mi visión a una que se va pareciendo cada vez más a la de Dios. A orar no se aprende con la teoría. A orar se aprende orando.

Juan Fco. Muela

<http://www.iglesiasantutxu.org>